

además de mencionar otros apuntes sociolingüísticos. Se trata, pues, de una lectura fundamental para ampliar los conocimientos sobre distintos aspectos fonéticos, gramaticales y léxicos a ambos lados del océano, siendo una verdadera referencia bibliográfica para trabajos lingüísticos basados en materiales de archivo. Por otro lado, menos generalizador y focalizado plenamente en el nivel lingüístico fonético-fonológico, Mariano Franco Figueroa desarrolla un estudio acerca de la pronunciación andaluza y su reflejo en la documentación epistolar gaditana. En este artículo, el autor aborda el estudio de los rasgos caracterizadores del habla meridional andaluza e incide en las cacografías presentes en el corpus textual analizado como evidencias de meridionalismos fonéticos. Sin duda, una contribución que muestra acertadamente cómo la oralidad puede también ser estudiada a partir de materiales escritos.

Todo ello en su conjunto proporciona una amena y documentada lectura, en la que se recogen trabajos científicos de gran calidad, algunos provenientes como se ha visto de la rama histórica y otros de la filológica, pero que forman un volumen perfectamente armónico e interdisciplinar. Como colofón al mismo, las editoras añaden un esclarecedor apéndice que recoge diferentes transcripciones paleográficas –de las cuales se echan en falta los criterios de transcripción seguidos–, acompañadas por la descripción archivística de los documentos y una serie de láminas facsimilares con las que el lector puede observar la apariencia y disposición real del tipo de documentación analizada a lo largo del libro. En definitiva, un ejemplar que constituye un auténtico homenaje a la ciudad de Cádiz y a la institución que custodia su historia y trayectoria lingüística.

MARTA RODRÍGUEZ MANZANO
Universidad de Sevilla

HANS HEINRICH BRÜNING, *Diccionario etnográfico de la costa y sierra norte del Perú*, Matthias Urban y Rita E. Barrera-Virhuez (eds.), Lambayeque: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Histórico Sociales y Educación de la Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2017, 123 pp.

En el español americano hay varios casos de repertorios lexicográficos que han permanecido en forma de fichero sin que hayan llegado nunca a publicarse, como el material recogido por Vidal de Battini en Argentina o el proyecto lexicográfico de Benvenuto Murrieta en el Perú, que permanecen custodiados en distintas bibliotecas universitarias. Este era el caso de los cuadernos y notas de Brüning, cuya existencia era conocida por

referencias de terceros como Jorge Zevallos Quiñones (1993), y en especial por las noticias dadas por Richard Schaedel (1988). Poco a poco se van dando a conocer estos diccionarios inéditos. Hace pocos años pudimos alegrarnos por la aparición del *Diccionario mochica* de Enrique Brüning, gracias al esfuerzo de José Antonio Salas (2004), y ahora tenemos un precioso repertorio etnográfico que permanecía también en el archivo del Museo de Etnografía de Hamburgo.

El examen de cualquier repertorio lexicográfico tendrá en consideración la descripción de las fuentes y el análisis de la *macro* y la *microestructura*, generalmente con detalles muy técnicos, pero no es el caso, porque los editores han preferido no intervenir en la estructura ni en la redacción y nos ofrecen el fichero simplemente ordenado alfabéticamente. A nuestro juicio han actuado correctamente, aunque quizás algunas indicaciones al menos en forma de nota hubieran sido de agradecer. Nos referiremos pues con más atención a la relevancia que posee este repertorio en la lexicografía andina y el desarrollo de los estudios norperuanos.

Enrique Brüning (1848-1928) se considera el padre y fundador de la arqueología mochica, pero su obra tiene sin duda una mayor significación. Se requiere cierta perspectiva para comprender la importancia y el alcance de los aportes que hizo este investigador alemán al conocimiento del folclore, la lingüística, la música y la geografía, y al estudio en general de la cultura y la sociedad de las diversas provincias norteñas del Perú, principalmente a través del registro fotográfico. Residente en el Perú desde 1875, luego de recopilar abundante información en fichas y cuadernos se embarcó en 1925, con edad bastante avanzada, rumbo a su tierra natal. Seguramente con el propósito de vender sus colecciones a los museos alemanes y publicar quizás varios libros, pero la muerte le sobrevino tres años después y no pudo terminar ninguno. Señala Schaedel:

Aunque en sus últimos años (quizás entre 1922-27) Brüning hizo el esfuerzo de combinar todas estas observaciones en un "scrapbook" (casi no puede llamársele diccionario) folclórico, se le han escapado muchos apuntes de sus libretas de campo y tampoco logró coordinar la mayoría de las fotografías con los apuntes cuando era posible (1988: 207).

Señala el venezolano Francisco Javier Pérez que una evaluación de los trabajos lexicográficos producidos en los distintos países de Hispanoamérica podría ofrecer una información valiosa para "una auténtica y reveladora historia de la cultura" (2003: 263), en especial en cuanto los diccionarios portan una visión del mundo que manifiesta muy esclarecedores indicadores etnográficos, ideológicos y sociológicos. Pues bien, no deja de ser un dato revelador que antes de que se llevaran a cabo diccionarios *de lengua* (como el de Juan de Arona), se hicieran primero diccionarios toponímicos como el de Mariano Paz Soldán (1877), o que Enrique Brüning

hubiera intentado, al modo de Jacobo von Tschudi, explicar a través de sus estudios lingüísticos el significado de los topónimos norperuanos lejos de los diccionarios del quechua y el aimara¹. Posiblemente este interés estuvo en el germen de su *Diccionario Mochica*. Sin embargo, desde 1894, Brüning empieza a recopilar datos no solo toponímicos o geográficos, sino de naturaleza fundamentalmente etnográfica y de una gran riqueza informativa:

El material reunido —concluyen los editores— muestra a Brüning como observador atentísimo de su segunda patria. Sus datos son capaces de remontarnos —tanto a antropólogos y lingüistas de hoy, como a los herederos de la antigua cultura de la costa y sierra norte peruanas— a más de cien años en el pasado. En tal sentido ofrece una perspectiva complementaria sumamente valiosa a los estudios etnográficos de la costa norte de hoy día (p. xii).

Los editores suponen, con buen fundamento, que este diccionario etnográfico habría podido ser un trabajo final, una labor que requería de mayor madurez, una vez que los estudios de la geografía, la toponimia y sus estudios mochicas le habrían proporcionado a Enrique Brüning un bagaje suficiente de conocimientos culturales, gastronómicos, sociales con los que la información lingüística se revestía de una solidez y una hondura nada desdeñables. Está visto que no lo terminó, lo que no es extraño, puesto que en estas labores de registrar palabras y significados nunca hay punto final, nunca se termina de encontrar datos y detalles importantes, testimonios de personas que brindan alguna sorpresa más al investigador.

Cuando ya se tienen bastantes palabras (¿y quién dice que es bastante?) se ponen en orden alfabético y se mandan a la imprenta: no hay principio ni final. Pero es una obra incompleta. Faltan casi todas las palabras de las letras <a> y . Brüning no pudo tampoco ordenar el material, ni tuvo tiempo de escribir un prólogo o una introducción: se puede presumir su método de la propia redacción de las fichas y los editores han hecho bien en respetar el texto íntegro de todas, incluso los fragmentos tachados o tarjados, como se dice en Perú.

Los editores han decidido llamarlo *Diccionario etnográfico de la costa y sierra norte del Perú*, y no me cabe duda de que han tomado una buena decisión. Primero, de alguna manera es por supuesto un diccionario². Aunque lo que hallaron en el archivo Brüning fue una colección de fichas parcialmente ordenadas a partir de la entrada “de un término que refiere a algún aspecto de la cultura regional” (p. XI). Teodoro Hampe, que disfrutó de una estancia de investigación para hacer un inventario de sus fondos, especialmente los históricos, no distinguió entre los manuscritos lingüísticos y

¹ Véase Schaedel (1988: 130).

² No hay unos lineamientos estrictos para el concepto de *diccionario* que se puede definir ampliamente, según Porto Dapena, como “una descripción del léxico concebida a modo de fichero”.

etnográficos de Brüning. Ha sido realmente afortunado que los editores, Matthias Urban y Rita E. Barrera-Virhuez, sean ambos lingüistas con formación académica en Alemania o Perú, pero con un posgrado común en Bélgica, junto al profesor W. Adelaar. Aunque la finalidad de Brüning no es la documentación lingüística sino cultural, han sabido advertir el gran interés que tiene este diccionario para la lingüística norperuana, que se halla en un espacio que se puede caracterizar efectivamente como un “mosaico” en el que el mochica no fue sino el último sobreviviente de un conjunto muy variado de idiomas, muy escasamente conocidos.

Richard Schaedel se había referido a que Brüning tenía “una especie de diccionario folclórico” (1988: 14) –los editores lo señalan (p. xv)–, y de hecho Schaedel reproduce en facsímil algunas fichas del archivo “por ser un buen ejemplo de su capacidad de describir la cultura material” (1988: 79)³. El propio Brüning con demasiada humildad se presentaba a sí mismo como un investigador que “sólo colecciona datos” (Schaedel, 1988: 175). Definitivamente que es mucho más que eso, porque esta es una excelente colección de datos, pero además contrasta los datos con diversas fuentes, analiza, describe, relaciona...

El título es muy acertado, pero resulta curioso reconocer que no tiene nada que ver con lo que se suponía que era un diccionario etnográfico en 1922. El *Diccionario etnográfico americano* de Gabriel María Vergara Martín se publicó en Madrid en 1922: contiene “las denominaciones de gran número de naciones, tribus y pueblos de indios, etc.”. Entonces se tomaba en un sentido literal: etnografía era solo el fichero con los nombres de las etnias.

En el título que han escogido Urban y Barrera hay dos descriptores, uno temático y otro geográfico: el primero indica que es un diccionario especializado en todo lo que tiene que ver con el tema de la etnografía, y en ese sentido no es tanto un diccionario de lengua (que defina solo la palabra) sino más bien de tipo científico o enciclopédico (describe las cosas que se designan con esas palabras). Las cosas que interesaban a Brüning. Y son multitud de cosas que formaban parte de la cultura norperuana y se puede definir de muchas maneras: danzas (como las *pallas*), comidas (*chinguirito*), costumbres..., claro está que todo aquello que se muestra *diferente*: sin duda entonces vivían en casas con puertas y ventanas y usaban faja y pantalones, pero eso no se registra: en ese sentido es *etnografía diferencial* que abarca muchas cosas: en primer lugar alimentación (recetas, fabricación de chicha...), vestimenta, fiestas, relaciones sociales y

³ Zevallos Quiñones alude a que Brüning se llevó “copiosos datos para un diccionario de topónimos y antropónimos” (1993: 218). Schaedel menciona en varias ocasiones que a Brüning le preocupaba la compilación de las toponimias y que las anotaba cuidadosamente en sus libretas de campo: “Cada toponimia está acompañada por una observación” (1988: 207).

familiares, organizaciones del espacio comunitario, técnicas agrarias y artesanales, textilería...

Sin embargo, no es del todo consistente en la especialización temática y también hay palabras no etnográficas sino meramente lingüísticas: *chirapa* “en los lugares que están al pie de la sierra y en esta misma se da el nombre de chirapa a un aguacero repentino y de poca duración, principalmente cuando al mismo tiempo hay sol” (p. 15). También hay muchos vocablos de plantas y animales, aunque por lo general le interesan por cuanto tienen alguna utilidad cultural: la *chira* para preparar chuño, el *lito* o el *choloque* para hacer jabón.

El otro descriptor es geográfico y los editores ven necesario ofrecer una explicación: aunque Brünig absorbe fundamentalmente el espacio de Lambayeque y Chiclayo, hay varias fichas recogidas en sus viajes al alto Maraón, a Incahuasi, a Sechura, Olmos... Por ejemplo, el término “poña” que registra como “flor del algarrobo” (p. 97) y empleara Vallejo en un sentido similar de pequeñas hojas y pasto que flotan en el aire por el bosque andino y que Ibico Rojas relaciona con la lengua culle. No sabemos si es mochica pero es indudable el testimonio de palabras que atraviesan el abra de Porculla, como *macanche*... El título, en fin, me parece que está perfectamente justificado: el espacio norperuano, diferenciado por los valles, la sierra y el desierto, establece una clara continuidad cultural.

Brünig no había hecho una selección demasiado estricta de sus materiales: entre sus fichas se cuelan informaciones relativas a la vida nacional como *gamonal*, *garúa*, *pisco* o *chocolate* que trascienden o incluso no forman parte de la vida norperuana, donde las garúas son escasas, aunque incluso en el caso de estos peruanismos o americanismos alude por lo general a su empleo particular en Lambayeque, donde por ejemplo el aguardiente de pisco ya no se hacía de uva, sino de caña..., aunque por lo visto no se registra aún *cañazo*.

Es entonces un diccionario temático dialectal monolingüe (aunque muchos vocablos son mochicas: *énteque*, otros quechuas: *charque*, *pucho*, los registra porque se utilizan al hablar castellano), no contrastivo (algunos como *garúa* son de uso general) y solo en parte ejemplificado: indica ocasionalmente un ejemplo tomado de su registro de uso (como ocurre en *pita*, que registra la frase “¡No me friegues la pita!” p. 95) o mucho más frecuente de un autor (como en *jaba* que cita Oviedo). Y es de carácter no restrictivo (muchos vocablos han sido registrados antes por Arona, Lenz y otros).

En todo ello Brünig ofrece un repertorio muy valioso y de gran contenido científico no solo etnográfico sino también lingüístico. Y con la dignidad de que son observaciones recogidas siempre con una atención especial: una señora me contó, un campesino me dijo... “Una mujer embarazada me contó que una vecina le había mandado una humita” (p. 71).

Uno puede imaginar a Brüning haciéndose amigo de todo el mundo. Los editores sin duda tienen razón al afirmar que completa muy bien el panorama que brindarán trabajos cronológicamente posteriores. Es de agradecer que Rita Barrera-Virhuez y Mathias Urban se hayan tomado el esfuerzo de brindar este material para que pueda estar al alcance de los investigadores, de las bibliotecas universitarias.

En el Perú ha existido una discreta, pero no desdeñable tradición lexicográfica, con dos importantes iniciadores: Juan de Arona (1883-1984) y Ricardo Palma (1896 y 1903). Mientras Arona investiga y pone citas y referencias en cada una de sus entradas, Palma se limita a consignar muy brevemente su significado. Brüning parece que no conoce los trabajos de Ricardo Palma, pero presta mucha atención a Arona, aunque no va tampoco con su estilo: Arona pone también informaciones bibliográficas pero también detalles fútiles y no le interesan mucho las costumbres populares o las industrias tradicionales.

También entre sus fuentes están por supuesto Rodolfo Lenz y Ciro Bayo, que le orientan sobre los indigenismos y americanismos, y los chilenos Manuel Antonio Román y Aníbal Echevarría. Algunas entradas, como el caso de *petaca*, se detienen en largas explicaciones respecto de su origen. Los editores han hecho una buena aportación identificando las referencias completas, aunque no han verificado las páginas. Es particularmente notoria la cultura lingüística de Brüning. Conoce perfectamente el diccionario de Alcedo y su conocimiento de las crónicas y relaciones geográficas es muy amplio: los jesuitas José de Acosta y Bernabé Cobo, López de Velasco, Gutiérrez de Santa Clara, Montesinos, Fernández de Oviedo, etc. Sus fuentes son variadas y disponía de buenas ediciones. Algunas recientes, otras no tanto. Garcilaso y Oviedo son fuentes especialmente importantes, porque Brüning manejaba ediciones que disponían de “tablas”, es decir, de glosarios. Y en varios casos entra a debatir con ellos: “Los editores de Oviedo [que yo sepa era solo uno: el polígrafo español Amador de los Ríos] creen erróneamente que la voz *petaca* pertenece la lengua de Haití” (p. 89). También había enmendado la plana a Arona, quien le atribuye un origen quechua. También discute con autores modernos, a menudo con Middendorf, por ejemplo, en la entrada de *molle* (p. 73), cuyo fruto es de color rojo, no negro como decía su compatriota).

En cuanto a la estructura del diccionario, los editores ofrecen todo el contenido de las fichas sin añadir ningún tipo de marcación. Solamente emplean corchetes y números volados para diferenciar claramente el texto escrito del propio Brüning de aquellos añadidos que presentan otras manos: logran identificar las aportaciones de Leticia González y de Richard Schaedel, que pudieron revisar los materiales en los años ochenta del siglo pasado. No lograron hallar el autor de algunos añadidos, algunos extensos, por ejemplo, la receta del pepián, que una mano 4 pone con

gran detalle. Como muy bien señalan, Brüning intenta etimologizar algunas entradas, pero los editores no aclaran ni discuten ninguna.

Respecto a la microestructura no diré más: los editores señalan las marcas que pone el autor: sustantivo, de uso común, Chiclayo... En general, y de forma más que evidente en el leuario, creo que hay que observar que no hayan aplicado de forma consistente la modernización de la ortografía, que se aplica a la parte definitoria de las entradas, pero no se mantiene en los lemas, sobre todo las tildes, y encontramos inconsecuencias: *ñáto* o *ñúto* con tilde y sin tilde... Aparece *guava* con <v>. Tal vez hubiera sido mejor modernizar la ortografía y brindar algunos ejemplos más de fichas en reproducción facsímil. Al menos debieron hacerlo en lo que respecta a la tildación y en los casos que suponen evidentes *disgrafías* del autor. Brüning usa para la conjunción copulativa la <i> latina bastante común en los usos ortográficos peruanos de la época, que los editores –y no hay ningún reproche en este sentido– han decidido mantener⁴.

La cantidad de información brindada por Brüning es considerable, y solo el esfuerzo de ponerla a disposición de todos debe ser elogiado: no solo datos dialectales respecto de palabras que se empleaban solo en ámbitos locales, como Mórrope o Eten (*panpán*, molusco), sino datos sociolingüísticos respecto de si es un nombre general (*papa*, *panca*) o de uso familiar (*patache*) o empleado solo por gente ilustrada o que han viajado (*olloco*, variante o errata por *olluco*) o por cierta clase social (*oriento*). Es una pena que se hayan perdido algunas fichas, sobre todo de las letras A y B. Y las había redactado porque en *parrilla* (p. 86) remite a *ajango*, pero no está *ajango*. Sabemos que faltan otras porque lo mismo sucede en *malarabia* (por *malarrabia*), que remite a un inexistente *mašcú* (p. 68). En *chifle* hace una remisión inexplicable: “Véase Seco Chabelo al fin del índice” (p. 11), porque además no hay índice. Nos quedamos un poco perplejos con el deseo de conocer una información que tal vez sea irrecuperable. En todos esos casos el lector desea reclamar que los editores no hayan dado ninguna indicación o al menos explicaciones en notas a pie de página.

Sin embargo, la información que sí proporciona bien merece el esfuerzo de la edición. Cuando Susana Aldana publica hace 20 años su estudio sobre la economía basada en las tinas de jabón de Piura (¿1988?), se ve obligada a añadir un glosario de los vocablos utilizados en ese ámbito, muchas de ellas están en el repertorio de Brüning: *paipai*, *petaca*, yerba *lito*. A partir de ahora no será necesario: bastará con poner como referencia este diccionario. Incluso con mejor criterio, ya que la definición que da

⁴ Parece fruto del error fortuito que el nombre de uno de los editores aparezca de tres maneras diferentes: Rita Eloranta Barrera-Virhuez (en los créditos, tapa y portada), Rita Eloranta (en el encabezado) y Rita Silvia Eloranta Barrera-Virhuez (en la solapa).

Aldana de *petaca* es confusa: “especie de baúl grande de cuero, de madera o totora con cubierta de piel” (¿1988?: 176). Brüning la describe con precisión, antes de que las latas y el plástico la reemplazaran, pues se hacían de diferente modo en la sierra (de cuero) y en la costa (de mimbre), y con distintos tamaños.

No tenemos un diccionario histórico peruano, pero este repertorio ofrece materiales que facilitan o pueden encaminar un poco ese trabajo. Verdaderamente sería de gran ayuda contar con una base de datos que ofreciera los registros de las voces del español de los países andinos según se hayan ido registrando en los distintos glosarios y vocabularios.

El repertorio tiene también utilidad para el rescate de muchas industrias artesanales tradicionales que podrían resultar menos contaminantes y más amables con el medio ambiente. Las noticias de Brüning permiten recuperar información, por ejemplo, de la manera en que se empleaba la yerba *lito* para fabricar jabones, las plantas y semillas de las que se extraían colorantes, o la resina de algarrobo, llamada *ñapique* (que supone es vocablo sechurano, igual que otros), que curaba la disentería.

Establece el registro de quechuismos en la costa y sierra norperuanas: *huaraca*, *guanay*, *guano*, *palta*, *pampa*, *panca*, *pucho*, arcaísmos castellanos: *porón*, *gualdrapa*, vocablos mochicas: *faique*, *pache*, *loche*, y términos de origen incierto, como *taraya*: “La panca se llama en Piura i Huancabamba taraíya” (p. 83)⁵.

Permite adelantar la primera datación de algunos términos, como el ya mencionado de *oriento*. En este caso, además, la indicación sociolingüística permite identificar el neologismo como representativo de las clases medias y adineradas, las que parecen emplear con ese término de modo despectivo tal vez a los que viven en las orillas o zonas inundables (con posible síncope de la palatal, que se suele elidir en este espacio dialectal). Palabras como *chifle*, *churre* aparecen claramente registradas en Martha Hildebrandt (1949: 260) y para Ecuador en Humberto Toscano Mateus (1953: 87). Lo habían señalado también el padre Miguel Justino Ramírez al final de sus *Acuarelas huancabambinas* (1943) o aún antes Enrique López Albújar en el glosario que acompaña a sus *Poemas afroyungas* (1938), pero en realidad ya estaba registrado, junto a otros vocablos norteños compartidos con el sur ecuatoriano, en el *Ensayo* que publicó Gustavo Lemos en 1920, y que trae un buen número de palabras usadas en el sur de nuestro país hermano pero que son vocablos típicos de los departamentos de Piura y Tumbes. Registra *chifle* con una descripción algo diferente: “rebanadas de plátano verde fritas en mantequilla o grasa de cerdo” (1920: 17). Brüning lo define de modo similar: “plátano cortado al través en rodajas y

⁵ Puig lo registra como “rastrojo del maíz” (1995: 180).

después frito" (p. 11). También recoge Lemos otros términos referentes a alimentos como *repe* (lo señala en los pueblos fronterizos con el Perú). Brüning trae la descripción completa del vocablo en su forma reduplicada, tan usual en nombres de preparaciones culinarias andinas (*tacu-tacu*, *rachi-rachi*):

Rípe-rípe, o Rípi-rípi [*sic*] s.m. – Chiclayo, Lambayeque. Una comida que según una indígena se prepara de la manera siguiente: se ralla "choclo", o se lo muele sobre un batán, se agrega frejol verde o chileno; loche o zapallo i caigua cortados en pedacitos pequeños; cola de capado o carne de res; ajo, culantro sal; se deja cocer hasta formar una clase de espesado (p. 107).

Hay otras noticias interesantes, de gran valor para la lexicografía histórica y los estudios etimológicos, que podrían indicar un registro anterior por parte de Brüning, que empieza a escribir sus notas de campo en 1894, aunque cuenta con una experiencia en la costa norte desde 1875. Lemos no trae *churre*, que es un modo ahora típicamente norperuano de referirse a los niños (como *churres* o *churritos*), aunque se puede explicar el origen castellano del término por las noticias de que, en la sierra ecuatoriana, según Lemos, se decía "gallo *churri*" al ejemplar que no tiene buena cría, y más aún en la costa decían *churrío* al gallo o gallina mestizos, con lo que se explica el origen también despectivo y burlón del desenfadado deslizamiento semántico. En Ecuador también dicen *chorreado* al que aparece sucio y desaseado. También lo registra Brüning por esos mismos años, con lo que podemos disponer de un registro lexicográfico coetáneo. Brüning tiene una gran intuición: sospecha que *churre* puede venir del castellano "grasa que chorrea" (p. 26), que pienso yo también debe ser una explicación razonable de su origen (mejor que del quechua *churi*).

Dado su interés etnográfico y su formación metódica Brüning describe mejor ese y otros vocablos, cuya datación ahora sabemos que es más antigua de lo que se pensaba. Son vocablos que dan cuenta de un pasado compartido con lazos de intensas y antiguas relaciones familiares, culturales, políticas y comerciales, en un espacio de fronteras transparentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALDANA, SUSANA (¿1988?): *Empresas coloniales. Las tinas de jabón en Piura*, Piura: CIPCA-IFEA.

BRÜNING, HANS HEINRICH (2004): *Mochica Wörterbuch = Diccionario Mochica: Mochica-Castellano/Castellano-Mochica* (Edición e introducción a cargo de José Antonio Salas García), Lima: Universidad de San Martín de Porres.

HILDEBRANDT, MARTHA (1949): "El español de Piura. Ensayo de dialectología peruana", *Letras*, 43, 256-272.

LEMON RAMÍREZ, GUSTAVO (1920): *Semántica o Ensayo de lexicografía ecuatoriana con un apéndice de voces quichuas*, Guayaquil: Imprenta i papelería sucre de J. F. Molestina.

PÉREZ, FRANCISCO JAVIER (2003): “Los estudios metalexicográficos y metalexicológicos en Hispanoamérica. Recuento moderno de un antiguo quehacer”, *Lingüística Española Actual*, 25, 249-271.

PORTO DAPENA, JOSÉ ÁLVARO (2002): *Manual de técnica lexicográfica*, Madrid: Arco/Libros.

PUIG TARRATS, ESTEBAN (1995): *Breve diccionario folclórico piurano*, 2ª ed., Piura: Universidad de Piura.

SCHAEDEL, RICHARD P. (1988): *La etnografía Muchik en las fotografías de H. Brüning, 1886-1925*, Lima: Cofide.

TOSCANO MATEUS, HUMBERTO (1953): *El español en el Ecuador*, Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas.

CARLOS ARRIZABALAGA
Universidad de Piura

ELISABETH FERNÁNDEZ MARTÍN (2016): *Sevilla frente a Madrid en el siglo XVIII: Los madrileños adoptivos (1790)*, de Antonio González de León, Madrid: CSIC, 120 pp.

La autora de este libro ofrece al lector el estudio y la edición filológica de la obra *Los madrileños adoptivos* (1790), compuesta por el sevillano Antonio González de León (1742-1818), miembro honorario de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Se trata de un sainete ilustrado – inédito hasta la fecha – que “pretende servir de instrumento moralizador y didáctico para la sociedad española del siglo XVIII” (p. 45). La edición se realiza a partir del “único testimonio que se conserva de la obra, sito en la BNE (MSS/14602/3)” (p. 57).

Desde el punto de vista lingüístico, este sainete plantea un especial interés para los historiadores de la lengua en tanto que, de forma análoga al famoso *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, González de León contrapone en este texto las diferencias “que debían de existir entre el uso lingüístico de la Corte (innovador y aperturista) y el de provincias (tradicional y estable)” (p. 48) en el siglo XVIII. A lo largo de toda la obra ambos grupos – los sevillanos y los madrileños adoptivos – se intercambian improperios acerca de sus usos lingüísticos y, dado que en el sainete se “intenta reflejar el habla de la época y caracterizar dialectalmente a los personajes” (p. 48), es frecuente encontrar por escrito diversos fenómenos dialectales, tales como la conservación de la aspiración de la *ʔ* inicial latina, el seseo, la pérdida de la /s/ implosiva o diversas realizaciones de /-d/ en posición final, si bien hay que tener presente que sirven para buscar la comicidad